



CAPITULO XVIII.

Preparativos para la segunda expedición.—Se organiza la primer oficina de las colonias.—Nombramiento de un vicario apostólico acompañado de doce misioneros.—Fr. Juan Perez de Marchena, nombrado espontáneamente por la reina astrónomo de la expedición, se embarca con su amigo en la capitana.

A primera vista parecerá difícil creer que un hombre que, como Colon, tuvo que sufrir en silencio, ya el tono de protección, ya las palabras de lástima de aquellos que le veían, y le dejaban vegetar en las antesalas, al encontrarse repentinamente solicitado y agasajado por los mismos, no se hubiera envanecido de su triunfo, y tomado con ellos el desquite que le ofrecía la fortuna. Sin embargo, no se encuentra en él ni el menor indicio de debilidad, y todos sus historiadores están unánimes en los elogios que tributan á su modestia en estas circunstancias, como siempre. Todo su anhelo era ir á Roma para poner á los piés del soberano pontífice las relaciones de sus viajes, é implorar gracias espirituales; pero el mejor servicio de los reyes le impedía esta ausencia, tanto más, cuando D. Juan II de Portugal, aconsejado por los suyos, se preparaba clandestinamente á preceder á Castilla en las expediciones sucesivas. Así es que no bien hubieron recibido D. Fernando y doña Isabel ciertos avisos confidenciales de aquella corte, la cual por su parte pagaba agentes secretos en la de Es-

paña, para estar al corriente de sus proyectos, desplegaron una grande actividad.

En el solo día 23 de Mayo firmaron diez y siete ordenanzas, cédulas y despachos relativos á la expedición. Abrieron luégo un crédito para el pago de los correos de Sevilla, que tan activa se habia hecho la correspondencia; sacaron á pública licitacion el abasto de víveres y municiones; ordenaron á las autoridades de Sevilla secundasen las disposiciones tomadas por el almirante, de acuerdo con D. Juan de Fonseca; organizaron el servicio de sanidad de la armada, nombrando su primer cirujano al entendido doctor Chanca, médico del infante (1), y prohibieron ir á las Indias con mercaderías, sin la autorizacion competente. Mandaron al gobernador de Granada tomase del arsenal de la Alhambra cincuenta pares de corazas y otros tantos talabartes y trabucos; al alcalde de Málaga que entregara un número igual de armas, y al capitán general de la artillería, Rodrigo de Nar-

(1) Carta mensajera al doctor Chanca para que vaya á las Indias. Registrada en el archivo de Indias en Sevilla.

vaez, que aprontase cañones de plaza y de campaña con los proyectiles necesarios (1). Fernando de Zafra recibió el encargo de alistar veinte trabajadores, que supieran hacer regueras y abrir canales, y además veinte jinetes armados de lanzas, y Juanoto Berardi (2), rico naviero florentino establecido en Sevilla, el de fletar un buque de doscientas toneladas.

La reina, por su parte, hizo adjudicar la renta de diez mil maravedis anuales al almirante por haber sido el primero que vió la luz en la isla de San Salvador; el 24 de mayo se libraron de su órden á Francisce Pinelo mil doblas de oro para gastos de la expedición (3), y el 26 se expidió un mandato para que se alojara gratis á Colon por donde transitase, como tambien á los cinco criados que le acompañaban, dejando pasar libre de gavelas todos los equipajes de su pertenencia (4). Dos dias despues lo hizo capitán general de la flota de las Indias, con poder para nombrar todos los empleados del nuevo gobierno; le entregó el sello real, autorizándolo para usarlo, segun lo juzgara conveniente, y en seguida, juntamente con su esposo, le confirmó del modo más solemne todos los títulos y privilegios, que se le garantizaban en el tratado de Santa Fé.

Hecho esto, se despidió de sus reyes el almirante colmado de consideraciones y de testimonios de admiración y gratitud. Al salir de palacio esta vez, le fué acompañando hasta su casa toda la corte, que volvió de nuevo á saludarlo, en el momento de partir para Sevilla. Así se alejó de Barcelona el que llevaba consigo las grandes esperanzas de la nación española.

(1) Colección diplomática. *Documentos*, n. 30 y 31.

(2) Se le designaba familiarmente en la corte por su nombre de Juanoto. Tenía de primer dependiente á un excelente aritmético, compatriota suyo, aficionado á la geografía y á la literatura, el cual, si no hizo gran caudal dirigiendo honradamente los negocios de su principal, se preparó, sin saberlo, por medio de sus relaciones con el almirante una fama, que ha sobrepujado á su saber, á su mérito, á sus viajes, y tal vez á su ambición. Este era Americo Vesputio.

(3) Colección diplomática, n. XXXVIII.

(4) Colección diplomática, *Documentos*, n. XXXIX y XL, orij. en el archivo del duque de Veragua.

En medio del universal aplauso se alzó una voz entre la multitud para maldecirlo. Era la de un marinero sevillano, llamado Juan Rodriguez Bermejo (1), que fué el primero que gritó ¡tierra! á bordo de la *Pinta*, en la madrugada del 13 de Octubre, y que concibió tan gran despecho de que se adjudicase la renta á otro, que renegó en Africa de su religion, creyendo encontrar más justicia entre los moros.

Un historiador protestante halla poco digno y noble en Cristóbal Colon el disputar esta recompensa á un pobre marinero (2); pero por fortuna el desinterés del almirante lo pone al abrigo de la menor sospecha de codicia. Puesto que él habia sido el primero en divisar la luz que brillaba en la costa á las diez de la noche y en anunciar lo que la oscuridad no permitió hacer á Bermejo hasta las dos de la mañana, le asistía derecho al premio, tanto más, cuanto que siendo una prueba oficial de la prioridad del descubrimiento, no debía cederla á nadie.

Al dia siguiente de su salida le enviaron los reyes las instrucciones generales acerca del gobierno de la colonia que iba á fundar, y es digno de notarse que no eran otra cosa que las mismas ideas que él les habia inspirado, prescribiéndole así SS. AA. por regla de conducta su propio parecer. Las primeras palabras de este documento son una prueba más de los sentimientos religiosos de la reina y de su modo de apreciar el carácter sobrehumano del descubrimiento.

Llena Isabel de deferencia hácia el revelador de la existencia del nuevo mundo, parecia haber resignado en sus manos el cetro de aquellas regiones, puesto que nada decidía sin consultarlo previamente con él, y cuando enviaba alguno á las Indias, lo recomendaba á sus buenos oficios. De esta suerte le mandó á varios de

(1) Colon en sus notas lo llama solamente Rodrigo, en vez de Rodriguez, y lo hace de Triana, porque lo habia visto ó conocido allí. Pero la declaración del maestre de víveres de la *Pinta*, corroborada con la de dos marineros, establece de un modo positivo que éste nació en Molinos, junto á Sevilla. Pleito, *Probanzas del fiscal*, suplem. prim. á la colección diplomática.

(2) Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, t. I, lib. V, cap. VII.



su servidumbre, entre ellos á Juan Aguado y al contador Sebastian Olano, para que les diese colocacion.

Recibieron los reyes en esto de la corte de Roma el nombramiento de un vicario apostólico en las Indias, y dirigieron su ampliacion al P. Boil, de la orden de San Benito, sacerdote muy estimado de Fernando por su tacto diplomático, encargándole de disponer todo lo que fuese necesario para el culto divino en la futura Iglesia, y dotándola Isabel con magnificencia de todos los ornamentos necesarios, sacados de la capilla de palacio. Doce frailes elegidos en diferentes órdenes debian acompañar al vicario.

Antes de salir de Barcelona el almirante, y con el objeto de proveer al armamento de la escuadra, que debia hacerse á la vela en Sevilla, establecieron SS. AA. en esta ciudad una oficina, que habia de ser el germen de la poderosa administracion titulada Real Consejo de las Indias. Se puso á su cabeza, con el nombre de ordenador general de marina, al arcediano D. Juan de Fonseca, eclesiástico mundano y burocrata por instinto, emparentado con personas de gran valer y crédito cerca de D. Fernando, á quien habian ayudado en las guerras; con él á un vehedor general, plaza de nueva creacion, á la que fué promovido Juan de Soria, empleado de nacimiento, pues parecia que en su familia se trasmitia como un título de nobleza la contaduría del almirantazgo de Castilla, y á un pagador, cuyo destino se dió á Francisco Pinelo, de la municipalidad de Sevilla, sujeto de probidad notoria y tenido en mucha estimacion (1).

Era á fines de Julio, y el almirante, despues de recibir la visita de los capitanes de la flota, pasó revista al pequeño cuerpo de ginetes que venia de Granada para embarcarse en Cádiz, y cuyos magníficos caballos eran dignos del lujoso ropaje de sus caballeros.

Apremiaban los reyes á Colon y á Fonseca con el objeto de apresurar la salida, pero éste y Soria, interesados en que la sagacidad del al-

(1) El mismo que habia hecho prestar á la reina cinco millones de maravedís para los gastos de este viaje.

mirante no descubriese sus manejos secretos con los contratistas, se declararon en abierta hostilidad contra él. El veedor, para manifestarse íntegro é incorruptible en cuanto á los gastos de Colon, se negaba á poner en el rol uno solo de sus criados, atendiendo á que como jefe tenia á todos los tripulantes bajo sus órdenes. Su posición y su celo por la corona, empuñada ya en tantos otros gastos, le impedian, decia él, condescender con lo que calificaba de exigencia ruinosa, y encontrándose apoyado por Fonseca, llegó á faltar al respeto al virey, que en silencio sufría este mal proceder. Pero la conducta de Soria se comentó en la corte, y el vicario apostólico, que era entonces uno de los más ardientes admiradores del elegido de la Providencia, afectado con semejante ultraje, lo puso en noticia de la reina.

Escribió Isabel en seguida una carta á Colon para reparar esta ofensa, y con igual fecha otra al arcediano de Sevilla, recomendándole tuviese todo género de consideraciones con el almirante; que le allanara todas las dificultades que sobrevinieran; que le respetara y satisficiera en todo, no sólo en el fondo, sino en la conveniencia de las formas; y que al mismo tiempo notificase de su parte á Juan de Soria que obedeciera á Colon, absteniéndose en lo sucesivo de no hacerlo así, por el desagrado con que habia visto su conducta. Mas su indignacion habia sido tal, que al otro dia, no pudiendo contenerla, hizo redactar un oficio para Soria, diciéndole, que esperaba que el almirante fuese honrado y considerado conforme á su título y amenazándolo con un castigo severo en caso de reincidencia. Todavía el 18 de Agosto no estaba calmado su resentimiento, pues al par que daba á Fonseca algunas órdenes concernientes á los aprestos de la escuadra, y le recordaba las deferencias debidas á su general, deferencias que era su voluntad y su deseo se le guardaran, pues de lo contrario recibiria grande enojo, no pudo ménos de reprehender de nuevo su conducta pasada á Juan de Soria (1).

(1) Carta del 4 de Agosto á Fonseca. Carta del 5 de Agosto á Juan de Soria. Cédula del 18 de Agosto á



Para cortar la diferencia relativa al número de individuos que podia llevar á Colon á costa del Erario, fijó la reina su servidumbre en treinta personas, á saber: diez pajes y veinte criados de todos oficios.

No es fácil llevar más lejos la benevolencia de un rey, ni posible dudar de la voluntad con que hacia esto Isabel; porque á su admiracion por el hombre sublime que le habia enviado el cielo como una recompensa de su fe, unia la más exquisita simpatía, la conformidad de miras y un amor casi filial. Tampoco ningun hombre comprendia como Colon lo grande y fuerte del alma virginal de la noble princesa.

Es de sentir que la larga correspondencia que medió entre la reina y el almirante, y que ha desaparecido, esté reducida á varios fragmentos de notas oficiales, en su mayor parte muy lacónicas y de mediano interes; pero la última que le dirigió, en el momento de ir á emprender su segundo viaje, demuestra con cuánta penetracion y curiosidad científica estudiaba el descubrimiento.

Veinte dias ántes de que el ministro de la Providencia volviese á interrogar los espacios del Océano, al devolverle su *Diario*, del cual sacó una copia, le decia, que, salvo su marido, ninguno habia leído en él ni una palabra, añadiendo que cuanto más lo repasaba, le demostraba mejor que su saber excedia al que tuvo jamás ningun mortal (1), y que para poseer datos hidrográficos que le permitieran seguir más bien en el mapa el camino llevado en el primer viaje, marcára los grados y midiera las distancias en un plano, que le suplicaba le enviase, prometiéndole tenerlo oculto, si así lo queria. Le aconsejaba tambien que para descanso de sus sabias observaciones tomara consigo un buen astrónomo, y creyendo anticiparse á sus deseos, tuvo la ingeniosa oportunidad de indicarle como cosa suya á su fiel amigo el

Juan de Soria. *Coleccion Diplomática*, docum. n. LXIII, LXIV, LXV, LXVI.

(1) «Y que habeis sabido en ello más que nunca se pensó que pudiera saber ninguno de los nacidos.» Á 5 de Setiembre de 1493, *Documentos diplomáticos*, número LXXI.

P. Juan Perez de Marchena (1), á quien por distraccion llamaba Antonio, y para evitar demoras, le enviaba una orden en blanco, para que la llenara con el nombre del que quisiera escoger.

Creemos llegado el momento de decir una palabra más acerca del sabio franciscano, cuya personalidad ha querido disputar la erudicion protestante, no pudiendo hacerlo con su ciencia. Niega esta escuela que el guardian de la Rábida acompañara al virey en esta segunda expedicion, suponiendo que Antonio de Marchena no era el P. Juan Perez, como si el error del nombre no lo corrigieran las mismas circunstancias de la carta.

A pesar de que ningun documento oficial posterior á la misiva de la reina, fecha 5 de Setiembre de 1493, hace mencion de él, y de que como el diario de este viaje ha desaparecido, carecemos de pormenores sobre el P. Marchena, estamos firmemente persuadidos de que fué con el almirante, pues su inclinacion natural, su obediencia á la eleccion de S. A., la esperanza de salvar algunas almas, aun cuando no fuese sino administrando el agua del bautismo á los niños, su deseo de complacer á Colon, su anhelo de admirar las obras de Dios en aquellas latitudes, y más que todo el espíritu de la Orden Seráfica, lo inducian á ir.

Estas probabilidades descansan en una tradicion. Los anales de los franciscanos mencionan el viaje del P. Marchena, acompañado de otros frailes de su misma religion (2), circunstancia que prueban Fr. Roman Pane, de la orden de Jerónimos (3), y el P. Juan Melendez en su *Cronica provincial del Perú*, al referir la gloriosa primacia que tuvo el guardian de la Rábida en la aparicion del sacerdocio en

(1) Porque es un buen astrologo y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer.» *Documentos diplomáticos*, n. LXXI.

(2) Waddingus, *Annales Minorum*, t. VII, fól. 279. — «Socium habuit itineris regii favoris auctorem Perrezius, additis aliis ejusdem instituti sociis.»

(3) *Escritura de Fr. Roman del orden de San Jerónimo*. «Memoria escrita por el pobre eremita, de orden del ilustre señor el almirante Virey y gobernador de las islas y Tierra firme.» (En la coleccion de Barcia, tomo I.)



las Indias (1). Jorge Cardoso asegura que el P. Juan Perez fué el primer sacerdote que pisó el Nuevo Mundo, y de consiguiente el que primero celebró allí el santo sacrificio de la misa (2). Fortunatus Hubertos, en su *Cronologia franciscana*, dice, que siguió á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y bendijo la primera cruz (3), y no es ménos explícito el P. Pedro Simon, provincial de los franciscanos en Nueva Granada (4).

Sin embargo de que por orden de jerarquía habia debido el P. Boil ser el primero que oficiara en aquellas apartadas regiones, se declinó este honor en la familia seráfica, por estar el P. Marchena á bordo de la capitana, mién-

(1) Fr. Juan Melendez, *Tesoros verdaderos de las Indias*, lib. I, cap. I, fol. 4.

(2) Jorge Cardoso, *Agiologio Lusitano*, t. III, página 40.

(3) Fortunatus Hubertos, *Menologium S. Francisci. Histórica proloquia*, p. 67.

(4) Fr. Pedro Simon, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales*, prim. notic., cap. XV, § 1.º

tras que el P. Boil iba con los demas religiosos en otra carabela (1).

Parece justo que el primero en adivinar á Colon, en ampararlo, en participar de sus pensamientos, y que concibió la idea de un Nuevo Mundo, rogó á Dios y suplicó á la reina facilitase los medios para descubrirlo, fuera el primero que celebrase los santos misterios en el Océano, y el primero tambien en bendecir sus orillas en nombre de Jesucristo. Para suceder esto se reunieron en su favor circunstancias muy singulares. Sin solicitarlo se vió llamado por la reina á partir en este viaje como sabio, y por estos títulos formó parte del estado mayor, fué en la capitana, desembarcó con el almirante para cada toma de posesion, y se encontró así ser el primer religioso que pisó el nuevo territorio y tuvo la ventura de plantar la cruz en él.

(1) Tenemos la prueba escrita y grabada en un libro de un benedictino, hecho en elogio del P. Boil, que en la lámina IV representa la nave del vicario apostólico á alguna distancia de la del almirante. Honorius Philoponus, *Nova typis transacta navigatio novi orbis Indiæ Occidentalis*, etc. en f. 1621.

CAPITULO XIX.

Sale Colon del puerto de Cádiz con diez y siete velas.—Llega á las Canarias.—Se propone consagrar á la Virgen María las primeras tierras que descubra, y se dirige por un rumbo desconocido á las islas Caribes.—El 2 de Noviembre anuncia la tierra para el dia siguiente, y se descubre en efecto al romper el alba.—Huellas de antropófagos.—El veedor Diego Marquez se extravía en la tierra de los canibales.—Vanos esfuerzos hechos para encontrarlo.—Su vuelta inesperada.—Dáse libertad á los cautivos hechos por los antropófagos.—El almirante descubre sucesivamente la Dominica, la Guadalupe, Monserrat, Antioya, Santa Cruz, Santa Úrsula y las Once mil virgenes.

Una multitud de embarcaciones cruzaba sin cesar por la bahía de Cádiz. La causa de esta animacion era catorce carabelas, ancladas al rededor de tres grandes carracas, de las cuales la mayor, llamada *Marigalante*, con bandera de capitana, contenia á su bordo los primeros elementos de una colonizacion.

Además de los víveres y plantones, trigo, avena, legumbres y centeno para sembrar las tierras, habia hecho embarcar el almirante, ganado, caballos para semilla, instrumentos de agricultura, hierro, ladrillos, cal, etc.

Sin contar el estado mayor, los religiosos, los soldados, labradores, jardineros, herreros, carpinteros, albañiles y criados de servicio, formando un efectivo de quinientos hombres, pagados por la corona (1), un gran número de individuos de todas edades y clases, alucinados con las regiones de la especería y del oro, solicitaban el favor de que los llevasen á ellas, pagando su viaje. No pudieron admitirse más que setecientos, que fueron repartidos en las carabelas; pero tal era el frenesí de oro, que

(1) Oviedo y Valdés. *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. VIII.

más de trescientos aventureros se ocultaron en los buques, agazapándose entre la carga, y algunos hasta en la bodega. ¡Qué contraste entre la consternacion y las lágrimas que señalaron la primera partida de Pálos, con el regocijo y la impaciencia que se notaba en torno de la flota!

En la *Marigalante* tomaron sitio el bachiller Gil García, alcalde mayor; Bernal Diaz de Pisa, teniente de veedor general; Sebastian de Olano, contador de real Hacienda; el astrónomo fray Juan Perez de Marchena; el primer cirujano, doctor Chanca; el comendador Gallego; el comendador Arroyo; Juan Aguado, mayordomo de la capilla real; los hidalgos Gaspar Beltran, Pedro Margarit, Francisco de Peñasola, Pedro Navarro y micer Girao, de la servidumbre de la reina; Juan de la Vega, ayuda de cámara del infante; Melchor Maldonado, pariente del cosmógrafo; Ginés de Corbalan, que se habia distinguido en la guerra contra los moros; el metalúrgico real, Fermin Zedo; el ingeniero mecánico Villacorta y dos intérpretes, indios bautizados, de los cuales uno era de Guanahani, primer punto que se descubrió, y tenia por padrino al hermano del almirante, llamándose,